



Zapatos, hombres y **OTROS** complementos

A. VICENT



PRÓLOGO

A menudo recuerdo la primera vez que mi padre se fue de viaje. Recuerdo ser una niña sentada en esos carros de metal para traer y llevar las maletas en primera fila, justo en frente de la puerta de desembarque. No era la única que estaba allí, ni mucho menos. Ancianos, niños, madres, padres, hermanos... Podía escucharles suspirar, impacientes porque esas puertas se abrieran y les devolvieran a sus seres queridos.

El mundo está lleno de crueldad. De muerte, de pobreza, de injusticias. Es cierto que hay muchas más razones por las que llorar que por las que reír. Pero, ¿No es mejor aferrarse con fuerza a aquellas que te hacen felices? Ya puede ser el sonido de una canción, el abrazo de un hermano o un gato tocando el piano en un video de internet. Aquel día comprendí que la Navidad es un descanso. Un descanso para dejar todo lo malo a un lado y centrarte en lo realmente importante. Es una época para buscar un rayo de sol entre las nubes blancas. Mi padre solía decir que hay dos clases de personas. Las que ven la Navidad como el final, y las que la ven como el principio de algo nuevo.

1

SAM

La llave de la ducha se queja ante mi insistencia de hacer que ceda y deje que el agua fluya. Esa dichosa intermitencia entre agua caliente y fría tarda varios segundos en desaparecer. En un mes el fontanero había tenido que venir a casa tres veces, aunque tenía la sospecha de que siempre olvidaba alguna herramienta para tener una excusa para volver. No porque yo le reciba con una mini toalla dejando ver unas piernas de infarto, sino porque suelo invitarle a magdalenas y a un café. Dejo la puerta abierta, y antes de que me arrepienta entro de un salto. El agua caliente me produce un escalofrío agradable. En la radio hablan sobre las bajas temperaturas que se acercan. Sí, lo sabemos, este año será el más frío desde hace treinta años. Me paso la esponja por la cara, y alargo la mano para cambiar de emisora chorreando agua. No, nada de villancicos. Sigo moviendo la rueda a ciegas de un lado para otro hasta llegar a "Antiguos éxitos FM". Pillo a medias "Oh happy day". Pero no me importa. Canto usando el bote de champú como micrófono. Sí, es un día feliz hasta que tenga que salir a la calle, con este frío espantoso que trae puntualmente los primeros días de diciembre. Mi teléfono empieza a sonar en la mejor parte. Bajo el volumen, apago la ducha, y lo descuelgo a una distancia prudencial.

- ¿Quién es?
- Sam, ¿Dónde estás?

Me quedo en blanco.

- ¿De camino? – improviso en voz baja.

- Llevo esperando casi un cuarto de hora.
- Sí, sí... estoy a punto de llegar. ¡Espera, espera no cuelgues!... ¿Dónde dices que habíamos quedado?

2

NORA

Me revuelvo sobre mi misma. ¿Qué mierda me habían servido anoche? Tequila no era, eso seguro. Me tapo los ojos con las manos, huyendo de la luz que entra por la ventana e intento situarme, saber dónde estoy. No es mi habitación, ni siquiera mi casa. El chico que está acostado a mi lado pasa las manos por debajo de la almohada en un sueño apacible. Intento verle la cara. Para saber si al menos recuerdo su nombre. Pero no parece dispuesto a moverse más. Le golpeo con mi dedo índice en el hombro y me aseguro de que sigue respirando. Murmulla algo, y se tapa con la sábana. Me fijo en el tatuaje que le atraviesa la espalda. Está en chino. O japonés, no lo sé. Dibujo un mohín. Bueno, no voy a quedarme allí para averiguarlo. Miro el reloj. Llego tarde. Intento no hacer ruido, y tras desenredarme las sábanas de las piernas busco mi ropa por la habitación de puntillas. Los pantalones sobre la cómoda, la camiseta sobre la lámpara, y mi bolso en la entrada. Tirado en el suelo. Doy un par de vueltas por la casa antes de encontrar la salida. Me miro al espejo con la mano aferrada a la puerta y dejo escapar un suspiro. Me lo repito una vez más: Quizá sea hora de cambiar de vida.

3

ANGIE

Rodeo mi vaso con las manos intentando entrar en calor, y observo a la gente pasar alrededor mía. Hace frío. Los árboles hace meses que ya no tienen hojas, y los escaparates de las tiendas están repletos de renos, muñecos de Santa, y un montón de luces de colores navideños. Puedes ver a algún papa Noel despreocupado cantar y repartir caramelos a los niños por las calles de Nueva York. El árbol del Rockefeller Center ya estaba encendido desde hacía días. Había estado en primera fila para ver como veintitrés metros de árbol se iluminaba dando comienzo a la mejor época del año. Pero ahora estoy aquí, sentada en la mesa habitual, abrazada por el calor que desprende la cocina de Kai, que mientras canturrea una canción que sale en la radio recorre su restaurante rodante de un lado para otro. Suspiro, y vuelvo a mirar mi reloj escondido bajo un par de chaquetas y un abrigo. Siempre llegan tarde. El claxon de un coche me hace levantar la vista de nuevo hacia la carretera. Puedo ver a Sam disculparse con el conductor y correr intentando llegar al otro lado de la calle sin ser atropellada. Lleva ese gorro granate que no se quita en todo el invierno y las mejillas sonrosadas a causa del frío. Sonríe, y camina hasta mí.

- Por casi muero atropellada.- dice dejando escapar el vaho de su garganta.- ¡Aloha Kai!

Kai la saluda levantando la mano.

- ¡Aloha! ¿Lo de siempre?

Sam asiente, y después de frotarse las manos se sienta en la silla de plástico.

- Lo habías olvidado ¿eh?
- ¿El qué?
- Que habíamos quedado.
- Ah, eso. Sí.- revisa su teléfono y lo guarda en su bolsillo.- pero cuando salía de casa sin saber a dónde iba me he acordado. – apoya los codos sobre la mesa.- A sí que, ¿Qué es eso tan importante que tienes que contarnos? ¿Qué ocurre? ¿Se ha muerto alguien?
- Esperaremos a Nora.
- Oh, vamos. Tardará siglos en llegar. Tiene unas piernecillas muy cortas.
- Aquí tienes.

El disgusto por tener que esperar un par de minutos más desaparece en cuanto Kai pone su desayuno sobre la mesa. Sam se relame.

- Un perrito caliente con ketchup, queso, cebolla y patatas fritas. Hoy invita la casa.
- ¿Y eso por qué?
- ¡Es Navidad!

Sam pone los ojos en blanco, y Kai se ríe mientras toca una campanilla que cuelga de su delantal lleno de grasa. Segundos después se cerciora de que hay un par de clientes esperando y vuelve a su puesto sin dejar de reír.

- ¡Chicas!

Nora aparece por mitad del parque entre un par de corredores de footing y un perro.

- Siento llegar tarde.- dice casi asfixiada.
- Tienes un aspecto horrible.
- Cállate Sam.

Coge el café que Kai le tenía preparado, y con gesto de no estar muy a gusto con el tiempo actual hurga en su bolso rebuscando algo para luchar contra la resaca.

- ¿Qué es lo que ocurre y por qué no puedes contárnoslo por teléfono?

Había llegado el momento. Espero a que se trague esa pastilla, a que Sam termine con la última patata frita, y me quito el guante por debajo de la mesa. Antes de mostrarlo lo acaricio con cuidado. Las chicas me miran con impaciencia. Levanto la mano, y las muestro el anillo que adorna mi dedo anular.

- ¡No puede ser! – deja escapar Nora sorprendida.
- Vaya, ¡Es precioso! – Sam tira de mi mano para acercarlo más a ella.- No sabía que el sueldo de cirujano daba para tanto.
- ¿Josh?

Asiento, aunque era más que evidente. Pero cuando Nora está emocionada pregunta cosas sin sentido. Como de qué está hecho el zumo de naranja. O que ocurriría si lanzaras un cacahuete al espacio. Sonrío. Me gusta esa mirada de sorpresa y entusiasmo a la vez. Como si no hubieran visto un anillo nunca.

- ¿Cuándo será?
- Bueno...- vuelvo a ponerme el guante. - ya sabéis que siempre he querido celebrarlo en Navidad...
- Oh por Dios, creía que esa estúpida idea se te había ido de la cabeza ya.
- Nadie va a ir a tu boda ese día.- añadió Sam.- Año Nuevo se celebra en Times Square. Todo el mundo lo sabe. Es una tradición centenaria. ¿Quién eres tú para luchar contra una tradición de cientos de años?

Se cruzan de brazos al unisón. Como si ya decidieran por mí. Le doy un sorbo a mi café. Estaba vacío. Será en año nuevo aunque no lo quieran así. Escucho a Nora, que comenta algo sobre una tienda de vestidos que había visto

a las afueras hacía días. Me recuesto sobre la silla y las observo. Nora le lanza un trozo de patata a un pájaro que está sentado sobre una mesa contigua. El timbre de un teléfono me sobresalta. Sam busca su teléfono por todos lados, aunque solo hacía diez minutos que lo había guardado en su bolsillo.

- Oh, mierda.

Sam pone los ojos en blanco al localizar por fin su teléfono.

- Es Jimmy.

- Ese tío es un capullo.- añade Nora señalándola.- no lo cojas.

- Es mi jefe, no puedo colgarle.

Suspira, y antes de que la llamada se interrumpa contesta.

- Hola Jimmy. Ajá, sí. Claro.- juguetea con la última patata que queda en el plato.- ¡Pero es mi día libre! – silencio.- de acuerdo. Estaré allí en quince minutos. Vale,- masculla.- en diez. Adiós.- cuelga.- Tengo que irme.

- ¿Qué? ¡Pero si acabas de llegar!

- Loren tenía que cubrir la firma de discos de Justin Bieber pero se ha caído por las escaleras.

- ¿¡Esas adolescentes en plena ebullición hormonal la han empujado!?

- Claro que no Nora.- se echa su bolso al hombro.- ha sido en su casa, o en la calle. Yo que sé.

Apura su vaso de zumo y se aleja.

- ¡Llamadme!

La observamos alejarse entre la gente hasta que su gorro granate desaparece, y suspiramos al unísono.

- ¿No vas a decírselo?

Miro a Nora que apura su café.

- ¿A qué te refieres?

Levanta la ceja derecha y me doy cuenta de que sí sé a qué se refiere.

- No era el mejor momento.

- Era el momento idóneo.

- No es fácil.

- Claro que sí. Es tan sencillo como decir: Sam, Will, tu exnovio, el que hace dos años que no ves, ha vuelto a Nueva York y va a ir a la boda de su mejor amigo. – se pone los guantes.- Luego no tienes más que huir antes de que reaccione.

4

NORA

El tráfico de Nueva York es una de las peores cosas a las que me he enfrentado nunca. Puedes recorrer la ciudad de una punta a otra caminando en menos tiempo que en coche un día cualquiera en hora punta. Así que allí estoy, esperando que cuarenta y dos coches por delante de mí con furiosos conductores se pongan en marcha para poder entrar al aparcamiento que está tan cerca que casi puedo tocarlo.

Cuando por fin se ponen en marcha aprovecho para cambiar de carril y entrar en el parking. Alguien no ha estado muy conforme con mi maniobra porque un claxon me ha perseguido varios metros. Saco la llave del contacto emitiendo un bostezo. Aún no me había recuperado del fin de semana y ya era lunes otra vez. Dichoso lunes. Me arrastro hasta el interior del edificio, y tras saludar a la recepcionista con un escaso "Hola", llamo al ascensor. Nunca me ha caído bien. Entro, y pulso el piso 21. Aprovecho para quitarme una pegatina de la suela de mis zapato derecho. La dejo caer sobre la moqueta. Sube a toda velocidad, pero frena en el piso 9 para recoger a un hombre de aspecto rollizo que, a pesar de ser invierno, suda como un cerdo. Me pego a la esquina con disimulo. Se baja en la planta 12, donde un macizo de traje y corbata me dedica una sonrisa antes de entrar y pulsar su planta. Desde allí tengo una perfecta visión de su culo. Muy a mi pesar, tengo que bajar del ascensor antes de que lo haga él. Me doy la vuelta en el último momento, cuando las puertas están a punto de cerrarse, y le veo mirándome. Eso me hace sonreír, complacida. El tacón de mis zapatos resuena sobre el mármol. Abro la

puerta, y me encuentro una sala de espera anormalmente vacía. Teresa teclea algo en el ordenador de manera sonora. Cuando se cerciora de que estoy allí deja caer sus gafitas hacia la punta de la nariz y me sonrío con los dientes llenos de carmín. Le hago una seña para que no se levante y me acompañe los pocos metros que me separan de mi despacho. La cantidad de laca que suele echarse en el pelo para fijar sus rizos de aspecto artificial me provoca dolor de cabeza. Sujeto el pomo de mi despacho.

- ¿Cuándo viene el primer paciente?
- A las diez.

Miro el reloj.

- Son las diez y cuarto.
- Sí, te está esperando dentro.
- ¡Teresa! ¡Te he dicho miles de veces que no les hagas esperar aquí! ¿Por qué te crees que se llama sala de espera?

Nerviosa se coloca las gafas otra vez. Gafas que no necesita. La había escuchado hablar con su novio por teléfono hacía un par de semanas. Insistía en que la hacía parecer más intelectual y sexy. Menudo imbécil.

- Oh, lo siento, lo he olvidado.
- Ya.- mascullo.- no importa.

Abro la puerta preguntándome una vez más porque no me había buscado otra secretaria ya. Una que hiciera las cuatro únicas tareas que tiene bien. Que me trajera café y que llevara la prensa de la sala de espera al día. El nuevo paciente está sentado en la silla. No se da la vuelta, ni se levanta para presentarse. Dejo el abrigo en el perchero, y rodeo la mesa hasta llegar a mi silla.

- ¿Danny?
- Hola Nora.

Me dejo caer sobre el asiento algo confundida. Danny es el hermano pequeño de Sam. No hemos coincidi-

do en demasiadas ocasiones porque siempre está de aquí para allá, metido en algún lío. Pero recuerdo perfectamente que cuando le conocí me pareció irresistiblemente atractivo. De eso hacía ocho años. Dos días después de conocer a Sam. Le veía al salir del instituto, en la piscina en verano... pero cuando nos fuimos a la universidad las ocasiones se redujeron aún más. Hacía casi dos años que no le veía. Hasta hoy. Vuelvo a la realidad. Recostado en la silla, me sonrío mientras mastica un chicle. Su chaqueta de cuero cuelga del respaldo. Tiene los brazos completamente tatuados y el pelo alborotado. Cojo la carpeta que hay sobre mi mesa con un carraspeo.

- ¿Has ido a juicio?

Se encoje de hombros.

- Un pequeño brochazo con la ley.

Continúo leyendo el informe del juez.

- Le diste una paliza a dos hombres

- Se colaron en mi taller. Aún tengo una ventana rota que arreglar. Y lo peor de todo es que me denuncian por agresión. – se ríe irónicamente.- ¿No es de coña?

- ¿Sam sabe esto?

- No.- saca un cigarrillo de su bolsillo.- y te agradecería que no se lo dijeras.

Me inclino sobre la mesa y se lo arranco de la boca.

- Y yo te agradecería que no fumaras.

Lo guardo en mi cajón. Para luego. Levanta las manos en forma de disgusto.

- Hagamos un trato.- dice.- si tú no se lo comentas, te doy... cuarenta pavos. ¿Eh? ¿Qué me dices?

- Que el juez me paga setenta. Por cada sesión. – me paso la mano por la frente.- Te dejaré que seas tú mismo el que se lo digas.

- Me parece justo.

Se apoya en la mesa, y se acerca a mí. Con una sonrisa torcida intenta ojear la carpeta.

- ¿Qué más pone ahí?
- Eso a ti no te importa.- digo cerrándola de golpe e intentando mantener el control.- Tendrás que venir cada miércoles durante tres semanas.
- Entonces nos veremos muy a menudo.

Suspiro, y abro una ficha para él en mi ordenador. Pero le observo por el rabillo del ojo leer los títulos que tengo colgados por el despacho. Tiene ese aspecto de chico malo que su madre había intentado evitar que alcanzase toda la vida y que suele volver locas a todas las chicas. Con sonrisa descarada y actitud pasota.

- ¿Ganas mucha pasta?
- Seguramente más de la que ganes tú nunca.

Veo que me estudia de arriba a abajo.

- ¿Salimos?

Le miro.

- ¿Estás de coña?

En una media sonrisa me responde.

- ¿Tú que crees?

Teresa llama a la puerta, y antes de que pueda contestar se asoma.

- El paciente de las diez ya está aquí.
- Creía que Danny era el paciente de las diez.

Parpadea un par de veces con gesto de boba.

- Creo... creo que he solapado dos sesiones.

Me llevo las manos a la cara, y me masajeo la cabeza.
¿Por qué esto me pasaba un lunes?

- Te aviso por el intercomunicador cuando pueda entrar.
- Vale.

Danny espera a que la puerta esté cerrada para inclinarse.

- ¿Por qué tienes una secretaria tan tonta?
- No lo sé.
- Puedes contratarme a mí.

Me rio con ganas.

- Ya puedes irte. – me levanto y le cedo mi mano para que la estreche.- te veo en un par de días.
- Te dejaré mi currículum.
- Adiós.

Coge su chaqueta, y antes de marcharse me guiña un ojo. Espero un par de segundos antes de dejarme caer sobre la silla. ¿Le contará a Sam que ha estado aquí?